

Para reprimir y vencer este espíritu seductor no tenemos otro medio que valernos de aquel que solo nos inspira el amor del bien, y el odio del mal, y nosotros debemos implorarle para que nos haga fáciles y dulces los ejercicios de las virtudes, para que nos sostenga en las tentaciones, y nos inflame en el divino amor. Roguemos al eterno Padre y á su divino Hijo que nos envíen el Espíritu Santo, y roguemos directamente á este Espíritu divino que encienda en nuestras almas el fuego celestial que ha inflamado tantos santos, y sin el cual no seremos compañeros de su gloria. Nosotros le hemos recibido en el bautismo y en la confirmacion; pero, ¿qué hemos hecho para conservarle? ¡Miserables! ¡le hemos perdido! ¡y lo peor es que no pensamos en recobrarle, aunque el mismo Jesucristo nos asegure que su Padre nos le dará con la misma facilidad con que un hombre da pan á sus hijos!

El primer efecto que producirá en nuestras almas el amor y el temor que nacen de la religion, es inspirarnos una constante vigilancia en el cumplimiento de nuestras obligaciones, un cuidado no interrumpido de que nuestras acciones sean buenas, virtuosas y conformes á su divina ley, y una atencion continua de practicar todo lo que manda, y evitar cuanto desaprueba. Las acciones son pues la piedra de toque, y no las palabras, y el mismo Jesucristo nos enseñó el único medio de distinguir si el amor que tenemos á Dios es real ó imaginario, cuando nos dijo (1):

» Aquel

(1) Joann., XIV, 21.

» Aquel que sabe mis mandamientos, y los guarda, es á quien mi Padre y yo amamos verdaderamente.»

No puede amar á Dios el que le ofende; no le puede temer el que le irrita. Dios no tiene necesidad ni de nuestro corazon ni de nuestras obras; pero por nuestra propia felicidad nos ha impuesto leyes. Examinad toda la moral de la religion, y veréis que la caridad, la justicia y la sabiduria han dictado todos los preceptos que nos dió el Hijo de Dios ó sus apóstoles instruidos en su escuela. Todos conspiran á que adquiramos la paz del alma, el mayor bien de esta vida. Sin ella no pudiera existir este amor fraternal, esta union benévola y pacífica, que hace la dulzura y armonía de la sociedad. Y no olvidéis que la bondad de Dios es tal que quiere recompensar como mérito lo mismo que exige para nuestro bien.

Y aun no contento con esto, para estrecharnos mas á la práctica de la virtud y á la fuga del vicio, promete una infinita recompensa, un reino eterno de delicias al que obedezca su ley, y amenaza con tormentos sin fin al que la viole. Cuando la religion no nos revelara esta verdad, la razon debia convencernos de ella. Un Dios cuya justicia es infinita no puede dejar á los justos sin recompensa, ni á los malos sin castigo; y puesto que la tierra no es el lugar en que se corona la virtud y se castiga el vicio, es necesario que distribuya en el otro mundo las penas y las recompensas. Todos estamos de camino para él, y llegaremos á él despues de la corta peregrinacion de esta vida. Y si ahora nos parece que su balanza no pesa nuestras

acciones, entonces se las veremos pesar con la más rigurosa exactitud.

Esta es una de las verdades más importantes de la religión, y que el Hijo de Dios ha repetido con más frecuencia, confirmándola con milagros. El verdadero y sólido consuelo del Cristiano es saber que después de esta vida breve entrará en posesión de una felicidad que los ojos jamás han visto, que los oídos nunca han escuchado, y que toda la extensión del espíritu humano no podrá jamás comprender. En el ejercicio penoso de la virtud se acuerda de las palabras del profeta (1): *¿Quién puede comprender, mi Dios, las dulzuras que preparas á los que te temen y te sirven?* Está seguro de ver á su Dios cara á cara, de gozar en compañía de los Santos de una dicha inalterable y pura, y de tener parte en la gloria de Dios, sin que nada pueda disminuir jamás su interminable duración. ¿Qué podrá pues entibiar el ardor con que aspira á merecer un bien tan inestimable? Sabe que no puede tardar el día, y espera en la fidelidad de su Dios, el que recompensará como omnipotente y generoso el culto y las virtudes que exige.

Así pues la primera de sus obligaciones es hacer buenas obras, y la primera de las obras buenas es abstenerse de las malas. Dios hubiera podido salvarnos sin ellas, como lo hace con los niños que mueren bautizados; pero su sabiduría ha querido que todo adulto coopere por su parte, y que el alvedrío sostenido con su gracia merezca su felicidad. La vida

(1) *Psalm.*, xx, 20.

eterna, al mismo tiempo que es un don gratuito, es recompensa. El evangelio nos hace ver con que liberalidad el padre de familia da talentos á sus siervos (1); pero este beneficio no es un título para la inacción. Al contrario los da para que los siervos, so pena de ser tratados como inútiles, trabajen en hacerlos valer. Y no solo las buenas obras, sino las acciones que parecen más indiferentes, cuando la caridad las anima, nos pueden obtener tan alto premio.

No pensemos por esto que el hombre por sí mismo pueda merecer nada, sino que con el auxilio de la gracia puede hacer obras meritorias. Todo se hace digno de los ojos de Dios, cuando al impulso de su inspiración cooperan el amor y la obediencia. Los apóstoles aun no bien enterados de la doctrina de su maestro le preguntan un día: ¿Todo lo hemos dejado, cuál será nuestra recompensa? Y Jesús les responde que el que hace la voluntad de su Padre tendrá la vida eterna. Otra vez, animando á los humildes y perseguidos, les dice (2): «Alegraos, porque en el cielo os está preparada grande recompensa». Y el evangelio nos dice que cuando el soberano Juez citará en el gran día á su tribunal á todos los hombres, recompensará á sus escogidos de las obras que la caridad les hubiere inspirado. Dios es la verdad misma, y no puede faltar á su palabra.

El único medio pues de merecer y adquirir esta felicidad inmortal, es tener siempre en el co-

(1) *Math.*, xix, 27. (2) *Luc.*, vi, 23.

razon el temor y el amor de Dios, y reglar nuestras acciones de tal modo, que todas se hagan por él, y con el fin de obedecerle y agradarle. Sin esto podrán ser loables, pero no serán meritorias; y vuelvo á repetir que la primera cosa es la fuga del pecado, y la fiel observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Pero debemos cuidar de no gloriarnos jamas en nosotros mismos; pues aunque nuestro alvedrío concurra á las obras meritorias, y que Dios se digne de recompensarlas, no lo puede hacer sin la gracia, y por consiguiente á ella es á quien se deben atribuir. San Agustin decia que cuando Dios nos recompensa, corona en nosotros lo mismo que nos da.

Supuesta la basa de observar los preceptos y huir del pecado, debe tambien aspirar el Cristiano á otro grado de perfeccion por la práctica de las virtudes. De estas unas son obligatorias y otras de consejo; pero no debe perder de vista ni unas ni otras, acordándose de que está en la tierra por cortos instantes, y que cada paso que da le acerca á su término. Todo su anhelo, todo su conato debe ser hacer acciones que sean agradables á Dios.

Jesucristo nos manifiesta el principio de donde manan estas acciones, y son las que nacen de las tres virtudes que llamamos teologales, la fe, la esperanza y la caridad, virtudes sobrenaturales y divinas, que todas las fuerzas de la naturaleza no pueden procurarnos, y que solo Dios nos puede dar. Esta es la mina en que se halla el oro de las buenas obras de las

virtudes cristianas, y no es posible agradar á Dios sino en razon del grado de fuerza con que reinan ellas en el corazon. Cuando estan lánguidas y frias no solo no esfuerzan al bien, sino que entonces la naturaleza corrompida se apodera de nuestras facultades, y las arrastra al precipicio casi como á un esclavo.

El objeto pues á que nos debemos aplicar con mas cuidado es á examinar, sin lisonjarnos, la influencia que tienen en nosotros estas tres virtudes de primera necesidad; porque de ellas dependen nuestros destinos en la vida futura. Al hombre no le basta tener la fe; porque es muy fácil, como lo observa el apóstol Santiago, que alguno diga á Dios con la frente por tierra, que tiene fe, que cree todos sus dogmas, y que está pronto á dar su vida por ellos. Lo mismo se puede decir de la esperanza; al hombre seduce su propio corazon, se confia en la bondad divina, y espera que le perdonará; pero esto no sucede con la caridad, ó con el amor de Dios y del prójimo; pues por poco que se examine de buena fe, podrá percibir, ó que la posee verdaderamente cuando las acciones de su vida se le persuaden, ó que es aun débil y no produce los efectos que debia. ¿Cuántos hay que por falta de este examen se figuran tener esta virtud en alto grado? Pero si se examinaran seriamente, verian á las claras su ilusion, y que su perfeccion imaginaria es hija de su orgullo.

Siempre que nos sostengamos firmes en las verdades que Dios ha revelado, siempre que nuestro corazon inflamado en su amor no vea su felicidad sino en

Dios, ni conozca otras reglas que sus preceptos, el pecado no tendrá imperio sobre nosotros, ó no tardaremos en levantarnos de las caídas que la fragilidad nos ocasione. El alma bien penetrada de estos principios de la religion huye del mal con placer, y hace el bien con facilidad; y el que no siente estas disposiciones, ó los tiene olvidados ó perdidos. Nuestro principal estudio debe ser darle nueva vida, nuevo impulso; sin esto jamas serviremos á Dios en santidad y justicia, y aventuramos los bienes eternos.

Creemos pues que estos actos de fe, esperanza, y amor de Dios no solo son útiles, sino indispensables para criar y fomentar en nosotros las buenas obras, y que conviene que los hagamos á cada instante de nuestra vida, sobre todo en las tentaciones, y en la recepcion de sacramentos; que no debemos cesar un momento de pedir á Dios que nos dé y nos aumente estas preciosas virtudes, que son la semilla de todas las otras. Los apóstoles, aunque testigos de los milagros de su maestro, aunque continuamente alimentados con el pan de vida, le suplicaban que aumentase en ellos la fe. San Pablo unas veces pedia á Dios que hiciese crecer su esperanza, y otras que dirigiera sus obras en su amor. Hay mucho que decir sobre estas tres virtudes, y yo no podré daros mas que una ligera idea. Hablaremos de la fe, mirándola solo por la parte que exige nuestra deferencia.

Todo lo que la Iglesia nos dice que ha sido revelado por Dios es objeto de nuestra fe, y debe ser creído firmemente por el Cristiano; porque sabe que Dios,

que es la verdad misma, no puede engañar; y con todo Dios se digna de aceptar como mérito la fe que le debemos, y nos recompensa el que creamos, porque nos ha revelado misterios que son superiores á la razon, aunque no la sean contrarios. Jesucristo dijo (1): *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*; y sin duda hablaba de nosotros que hemos nacido en tiempos posteriores á sus milagros y predicacion.

El orgullo de tiempo en tiempo suele levantar algunos nublados. Los instruidos que estan firmes en su religion, porque saben que está fundada sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, sobre el cumplimiento de las profecias, sobre el establecimiento de la Iglesia, sobre una moral tan sublime, y sola capaz de hacer feliz al hombre en esta vida y la otra, en fin sobre todas las pruebas que demuestran con evidencia su verdad, no escuchan nada de lo que el orgullo, la ligereza ó las pasiones les proponen, echan una vista sobre los motivos que los han obligado á creer, y se tranquilizan.

He dicho que debemos creer lo que la Iglesia nos dice que Dios ha revelado, para distinguirnos de los hereges y cismáticos que han roto la unidad, y no creen mas que su propio espíritu. Ellos han formado sectas deplorables, siendo así que Dios ha dicho ó declarado que no reconoce mas que una Iglesia, una esposa, una depositaria de la verdad, un solo intérprete de su doctrina, y de la cual únicamente deben

(1) *Joann.*, xx, 29.

aprenderle los Cristianos. Esta es la que el apóstol (1) llama *la Iglesia de Dios vivo, la columna y firmamento de la verdad*. Esta es la que San Mateo (2) nos asegura haber sido *fabricada sobre la piedra, y que las puertas del infierno*, esto es las persecuciones de los malos y los errores de los hereges, *no podrán prevalecer contra ella*; en fin la Iglesia á quien el Salvador prometió su asistencia y su amparo hasta la consumacion de los siglos.

San Pablo nos dice que hasta el fin de los tiempos habrá en ella doctores, pastores, apóstoles y profetas. Si esta Iglesia segun las promesas de Dios debe siempre subsistir visible, infalible y exenta de error en puntos de doctrina, ¡dichoso el católico, que no puede engañarse sometiéndose á lo que ella enseña! Los protestantes jamas podrán justificar su rebelion ni su novedad, pues sus antepasados eran parte de la Iglesia romana, de esta Iglesia que han abjurado. Y con una palabra se destruye todo el edificio; pues ó la Iglesia antigua erró, y no era la Iglesia, ó son ellos los que estan en el error. Si Dios no hubiera dado á la Iglesia el derecho de decidir las controversias, y fijar el verdadero sentido de las Escrituras, no hubiera una señal que pudiera caracterizar la Iglesia verdadera, y la doctrina de Jesucristo. Cada secta se jacta de seguir el Evangelio en su pureza, y esto es absurdo, pues Jesucristo prometió no abandonar nunca aquella Iglesia que él mismo fundó.

(1) 11, ad Timoth., III, 15. (2) Math., XVI, 18.

El primer sentimiento de un católico debe ser dar gracias á Dios por haberle hecho nacer y renacer en una Iglesia tan antigua como Jesucristo, y que no está espuesta al error. Fuera muy importante que todos los fieles conociesen bien la religion y sus dogmas; pero la corta capacidad de los niños, y la ligereza de su edad no los permiten sacar de la instruccion el fruto necesario, y por desgracia, como hemos dicho, cuando adquieren mas razon no piensan en ello, otros negocios los ocupan, y de aquí viene la ignorancia, raiz de los vicios y de la incredulidad.

La fe pues, la primera de las virtudes teologales, es un don de Dios que recibimos en el bautismo, basa de todas las otras, y que nos adquiere el nombre de Cristianos; pero Santiago y el evangelio nos dicen que no basta por sí sola, y que es muerta cuando las acciones no la acompañan. La verdadera fe, la que nos da con razon tan glorioso nombre, es la que obra con la caridad ó el amor de Dios, y este amor de Dios se conoce por las acciones y conducta. Así no me canso de repetir que debemos pedir á Dios sin cesar que nos aumente y vivifique la fe que suele estar lánguida y empañada, que nos haga sentir su presencia en todas partes, su santidad que aborrece todo lo que no es justo, y su justicia que castiga toda iniquidad.

¿Cómo se atreve á decir que tiene fe el que, cuando la tentacion le persigue, y la ocasion se le presenta, no ve con los ojos del alma un Dios terrible y poderoso, que puede castigar en un instante al infractor de su ley? ¿cómo se atreve á decir que ama el que con

vil ingratitud se atreve á ofender un Dios que le llena de beneficios? Roguémosle pues que nos arraigue en la fe, como le rogaba su apóstol, para que produzca en nosotros frutos que correspondan á la santidad de nuestra creencia.

Cuando mas viva sea nuestra fe, menos fuerza tendrán las tentaciones, y nuestra vida será mas pura. No olvidemos nunca que la vida eterna es la sola cosa necesaria, que este debe ser el objeto, como es el término feliz del hombre, y que despues de un instante de esta breve vida empieza otra que nunca jamas acaba, que Dios pedirá cuenta de nuestras acciones, para recompensarlas si son buenas, ó castigarnos si son malas, y si morimos sin haberle pedido perdon.

Estas verdades muy presentes harán que no nos desviemos del camino de la justicia, ó nos harán volver á él, si le habíamos dejado. Alejarán de nosotros estos libros péfidos de espíritus vanos y presuntuosos que quieren subyugarlo todo, y corromper nuestra fe. El Cristiano que teme á Dios, y que estima este don, no lee sino los que pueden ilustrar su razon, los que fortalecen su corazon en la creencia y el amor del cristianismo y su moral pura. Las pasiones fogosas pueden por un tiempo oscurecer nuestra razon; pero es la última desgracia si llegan á estinguirnos esta fe, por quien tantos mártires gloriosos han sacrificado su vida. ¿Quién puede á la hora de la muerte arrepentirse de haber sido hombre de bien, y haber procurado agradar á Dios? ¿y cómo puede esperar el vicio

tener la misma suerte que la virtud? Pero de esto hemos hablado ántes, pasemos ahora á la esperanza.

Esta es tambien virtud sobrenatural que Dios cria en nuestros corazones. Esta es la confianza que el Cristiano tiene de gozar del bien soberano por su bondad gratuita, y los méritos de Jesucristo, porque espera obtener de ellos las gracias ó los medios necesarios. No solo cree la bienaventuranza, sino que vive con la esperanza de obtenerla, y sin desalentarse jamas hasta haberla obtenido; porque no solo la quiere el Señor, sino que la ordena con la condicion que observe su ley. ¿Qué orden mas dulce nos podia dar su bondad? Hizo el cielo para nosotros, y quiere que sepamos que nos desea en él.

¿Y cuáles son los fundamentos de la esperanza cristiana? Por un lado su infinita misericordia y su verdad, por otro los méritos de Jesucristo, que vino al mundo para salvarnos, que murió por nuestro amor, y nos rescató con su sangre para conducirnos á la gloria. Cuando echamos los ojos sobre nosotros mismos no podemos ver mas que iniquidades; todo nos aleja de tan sumo bien; pero Dios, aunque nacidos en pecado, nos amó el primero, nos adoptó y dió el derecho de coherederos de su Hijo. A pesar de tanta misericordia, el hombre esclavo de sus pasiones se vuelve á rebelar contra su Dios, y viola su ley; y este Dios de bondad corre tras él, le convida al arrepentimiento, y si nos volvemos á él nos perdona, y nos manda que esperemos de nuevo gozarle eternamente.

En fin su bondad es infinitamente mayor que nuestras iniquidades. Sobre este precioso atributo estriba nuestra esperanza; nuestro consuelo es saber que este buen Padre tiene deseo de salvarnos mas que nosotros mismos. Él nos ha confirmado muchas veces en el evangelio, y por la boca de su Hijo, que nos esperan grandes recompensas. ¿Qué fundamento mas sólido puede haber que las promesas de un Dios que es la verdad misma? Los cielos y la tierra pasarán, y sus palabras no faltarán jamas.

Despues viene el otro fundamento, que es mas inmediato y está mas cerca de nosotros. Este es el sacrificio del cordero, que por este fin se ofreció á su padre en la cruz. Nunca debemos olvidar que nada podemos merecer sino por Jesucristo, que es el único que nos puede obtener lo que nos es necesario para salvarnos; que nosotros no tenemos mas que pecados, y que solo la sangre del Redentor puede lavarlos; que ni aun las buenas obras merecen nada, sino por Jesucristo. Así el Cristiano dice con el apóstol: Jesucristo es mi esperanza; pero, para que lo sea fundada y justa, es menester que guarde su ley. Esta es una condicion necesaria, y basta conocerla para que el temor nos acompañe, para redoblar la prudencia y precaucion, para evitar los peligros, para no dejarnos seducir de los placeres, y para conservarnos en la humildad y conviccion de nuestra propia miseria.

Pero no por esto debemos contristarnos, ni debe desanimarse nuestro corazon; pues debemos confiar en que, haciendo de nuestra parte lo posible, Dios nos

dará todos los medios de salvarnos, no nos abandonará en las tentaciones, y nos defenderá de nuestros enemigos. Aun quando la fragilidad nos arrastre y nos haga caer, debemos esperar que si imploramos á este buen Padre nos dará la mano para ayudarnos á levantar. Sin duda que debemos desconfiarnos de nosotros mismos, que somos débiles y miserables; pero la gracia de Dios que Jesucristo nos ha merecido es fuerte, y todo lo podemos vencer con ella. Jamas la ha negado el Señor á quien la pidió con sinceridad.

La esperanza pues es la virtud del pecador que se arrepiente, y no del que se obstina. La bondad de Dios no debe fomentar el vicio, y si el dolor de haberle ofendido excita su clemencia, la terquedad del delincuente solo puede excitar su cólera. Quando el pecador pues ha hecho lo que ha podido para purificarse por la penitencia, entonces debe la esperanza dominar en su corazon; pues aunque haya ofendido á Dios muy largo tiempo, y con los pecados mas enormes, desde que ha ocurrido á su misericordia, confesando sus pecados, y ha obtenido la absolucion de su ministro, debe esperar que la sangre de su Redentor los ha lavado, y que Dios ya no le mira como enemigo, sino como hijo. El Criador del hombre no es como el hombre, vengativo ni inexorable; sus pensamientos son de paz, de clemencia y de perdon. Él es el primero que con una voz interior persuade al pecador á que implore su misericordia, y desde que le ve arrepentido le perdona. Hay Cristianos que despues de haber hecho lo que pueden, quedan no obstante

afligidos y dudosos ; pero esto es flaqueza , porque , creyendo como creen el evangelio , se deben tranquilizar con lo que este santo libro nos dice de las misericordias del Señor.

¿Cómo puede dudar de su bondad el que arrepentido ha confesado sus culpas? Es verdad que no debe olvidarlas ; pero su memoria solo debe servir para redoblar nuestra prudencia y precaucion , para avivar nuestra oración y penitencia , y para evitar las ocasiones de caer. Dios nos ordena esperar y fiarnos en él. Le hace injuria el que le mira como á un amo inflexible ; porque estas ideas , secando el corazon , le cierran á la confianza y al amor. Esperemos pues cuando no hemos omitido nada , que ya nos ha perdonado ; y digámosle que no dejaremos de esperar que nos sostendrá con su gracia hasta hacernos tener su gloria ; porque él mismo nos ha asegurado positivamente que los que esperan en él no serán confundidos.

Si la desconfianza es un mal , el mayor de todos es la desesperacion. El Cristiano que imaginara que no hay perdon para él dejaria de ser Cristiano , y cometeria el mayor pecado , porque haria á Dios la mayor injuria. La verdad es que mientras conservara estas ideas no seria dable que Dios le perdonara ; porque , ofendiendo al mas precioso de sus atributos , que es la misericordia , en vez de apaciguarle le irritaria de nuevo. Sin duda el que lo piensa así lo hace porque ve la enormidad de sus pecados ; pero no son sus méritos los que le obtienen el perdon ;

son los de Jesucristo , que murió por él para rescatarle , y el solo puede merecerle la reconciliacion. Si el hombre por sí mismo no merece nada , todo lo merece , todo lo obtiene el divino mediador , el abogado que habla por él , y cuyo sacrificio , segun el apóstol , basta para rescatar al mundo entero. Lejos pues de nosotros idea tan horrible , tan injuriosa á Dios ; no hay delito , no hay mancha que la sangre del cordero no lave , cuando la presenta el verdadero arrepentimiento.

Pero aunque la fe y la esperanza sean , como hemos dicho , virtudes de primera necesidad para el Cristiano , le aprovechan de poco , si no van acompañadas de la caridad ; esta virtud es muy superior á las otras , y la reina de todas. Por caridad entendemos el amor de Dios y del prójimo , dos amores que no se diferencian mas que en el nombre , y en realidad no son mas que uno ; pues el amor del prójimo no merece llamarse caridad , sino cuando le amamos por amor de Dios. En la práctica y ejercicio de esta divina virtud consiste la esencia del Cristiano , y el dichoso que obtiene este don de Dios todo lo tiene. El que no desea mas que agradar á Dios le agrada. ¿ Y quién puede hacerle eternamente feliz sino su Dios ?

Por nombre de amor de Dios se entiende el que toda criatura racional debe á su Criador , el Dios omnipotente , trino y uno , autor de toda gracia. Así la primera obligacion de un Cristiano es adorar y amar esta Trinidad divina con todo su corazon , toda su alma y todas sus fuerzas. Esto es lo que el mismo



Salvador nos ha enseñado; él fué quien nos hizo conocer á este Dios como á nuestro señor y nuestro padre.

Como no puede ser percibido por los sentidos, es de temer que su magestad, bondad y grandeza no hagan en el hombre toda la impresion que debieran; pero la razon y la fe deben elevar sus pensamientos, y hacerle de continuo presente á su espíritu y á su corazon para consagrarle su amor. ¿Qué siervo que se ve lleno de beneficios por su señor no piensa en él y no le ama? ¿cómo es posible olvidar á un Dios tan bienhechor? ¿quién puede alzar los ojos al cielo, ó echarlos sobre la tierra sin ver estos innumerables cuerpos animados é inanimados, destinados únicamente á nuestro servicio, nuestra conservacion y nuestros placeres? El filósofo que con ojos observadores descubrió la mano que crió tan grandes obras, ¿cómo será reprendido, si no se ha aprovechado de sus luces para adorar á este su bienhechor? Llegará el día en que se hallen cubiertos de vergüenza, viendo tantos ignorantes que han sido mas entendidos que ellos, pues han sabido amar y servir al que los ha criado.

¿Qué tenemos que no le debemos? Jesus despues de habernos hecho en la tierra tantos beneficios nos promete una vida inmortal llena de gloria, no porque necesite de nosotros, sino porque quiere comunicarnos la suya; así, por cualquier lado que volvamos los ojos, no podemos ver sino rasgos de su beneficencia y de su amor, sin interes, y solo por su bondad. Por  
ella

ella quiere ser nuestro padre; cuando le ofendemos nos aguarda, nos perdona, y es él mismo el que desea que imploremos su bondad. ¡Cuánto pues, á menos de ser monstruos insensibles, le debemos amar!

¿Y cómo podemos hacerle conocer que le amamos? De tres maneras: la primera obedeciendo sus mandamientos. Examinemos pues nuestras acciones. La ley suya prohíbe las injusticias, la impureza, la intemperancia, y los demas vicios que tambien reprueba la ley natural. ¿Cómo puede lisonjearse de amarle aquel cuyas acciones y deseos se oponen continuamente á la santidad de estos preceptos? El primer caracter del amor es no disgustar lo que se ama, aun en lo mas pequeño. La práctica de la ley divina no debe tener por principio ningun motivo humano, sino el amor de Dios. Los que se contienen solo por los castigos humanos, y aun los que no ocurren al tribunal de la penitencia sino por evitar los divinos, hacen ver la imperfeccion de sus almas. No las domina el amor de Dios, sino el propio. Así el amor verdadero no se contenta con abstenerse de lo que la ley prohíbe, y con hacer lo que ordena, sino que quiere practicar la virtud y multiplicar las buenas obras. El que ama no se contenta con no disgustar lo que ama, tambien solicita agradarle, y es difícil que no tenga vicios el que no tiene virtudes; pues la práctica de la virtud no es otra cosa que los medios de preservarnos del vicio.

La segunda manera de probar á Dios nuestro amor es sufrir con resignacion por su amor. Este mundo se